

bano, les dejé que hablaran y me quedé entregado á mis pensamientos.

Al llegar á las puertas me pareció que se oía en París más ruido que otras veces. El carruaje paró un momento delante del portazgo, del que salieron los guardas á registrarle. Si hubiera conducido un carnero ó un buey á la carnicería hubieran exigido una cantidad, pero no se paga derecho alguno por la cabeza del hombre, y seguimos adelante.

Franqueado el boulevard, se metió el carruaje á trote largo por las tortuosas y viejas calles del barrio de San Marcelo y de la Cité, que serpean y se entrecortan como las cien veredas de un hormiguero. Sobre el empedrado de estas calles estrechas era el ruido del carromato tan estruendoso y rápido, que apagó todos los demás ruidos exteriores. Al mirar por la abertura cuadrada me pareció que el gentío que pasaba se paraba para mirar el carruaje, y que bandadas de niños le seguían corriendo. También observaba de cuando en cuando por las esquinas hombres y viejas trapajosas con papeles impresos en las manos, que los transeuntes se disputaban, abriendo la boca como para pregonar su mercancía.

Daban las ocho en el reloj del palacio cuando llegamos al patio de la Conserjería. La vista de su grande escalera, ennegrecida capilla y siniestros adornos me heló la sangre, de tal modo, que creí que al pararse el coche se iban á parar también los latidos de mi corazón.

La puerta se abrió con la rapidez del relámpago: recogí mis fuerzas y salté del calabozo ambulante que me llevó allí, y me interné á paso largo por entre dos filas de soldados que ocupaban la bóveda del portal. Multitud de gente estaba allí reunida para verme pasar.

### XXIII.

Mientras andaba por las galerías públicas del palacio de Justicia me encontraba sereno, pero me abandonó la serenidad al ver que abrían ante mí portezuelas bajas, escaleras secretas, salidas y entradas interiores, largos corredores, sordos, por decirlo así, donde no entran más que los que sentencian y los sentenciados.

El escribano me acompañaba todavía, pero el sacerdote se separó de nosotros para volver dentro de dos horas, que iba á emplear en sus negocios.

Me condujeron al gabinete del director, á cuyas manos me remitió el escri-

bano por una especie de cambio, porque el director le suplicó que esperase un momento, anunciándole que tenía *caza* que entregarle, que debía conducir á Bicetre el carruaje á su regreso. Esa *caza* probablemente será el reo de hoy, que debe acostarse en la paja que yo acababa de abandonar.

—Muy bien, señor director, le contestó el escribano: esperaré un rato y haremos los dos procesos verbales á la vez; me gusta la idea.

Entre tanto me depositaron en un gabinetillo contiguo al del director, dejándome allí solo, pero pasando los cerrojos de la puerta.

No sé lo que pensaba, ni si pasé allí mucho tiempo, cuando una brusca y violenta carcajada, que sonó á mi lado, me sacó de mi letargo.

Levanté los ojos temblando y ví que ya no estaba solo en el cuarto, sino con un hombre de cincuenta y cinco años, de mediana talla, arrugado, canoso, fornido, con ojos grises, sucio, andrajoso, casi en cueros, de repugnante aspecto.

Me pareció que se había abierto la puerta del gabinete, lo había vomitado y se volvió á cerrar, sin que yo me apercibiese de ello. ¡Oh, si la muerte pudiese venir de ese modo!...

Nos miramos fijamente durante algunos segundos el hombre y yo, él prolongando su risa y yo confuso y espantado.

—Quién sois? le pregunté.

—Necia pregunta, me respondió. Soy un bobo.

—Un bobo? qué queréis decir?

Esta pregunta aumentó su alegría.

—Esto quiere decir, me contestó sin dejar de reír, que el *buchi* echará en el canasto rojo mi cabeza dentro de seis semanas, como lo vá á hacer con la tuya dentro de seis horas. Parece que ahora me comprendes.

Yo estaba lívido y el cabello se me erizaba; era el sentenciado de hoy, el que esperaban en Bicetre, mi heredero.

Este continuó:

—No me crees? Pues escucha mi historia. Soy hijo de un excelente escobon de bolsas; lástima que se le antojase un día á Andresillo ponerle el corbatín á mi padre. Esto fué cuando todavía reinaba la horca, por la gracia de Dios. A los seis años ya no tenía yo ni padre ni madre. Pasaba los veranos dando vueltas de campana por el polvo, al borde de los caminos reales, para que me echaran algún cuarto por las portezuelas de las sillas de posta. En el invierno

iba á pié, desnudo y sin calcorros, por el fango, soplándome los dedos para mitigar el frío y enseñando los muslos por las rupturas de los pantalones. A los nueve años empecé á servirme de mis garfios, y de cuando en cuando limpiaba una faltriquera, ó le ponía los cinco á una pañosa; á los diez ya jugaba yo de manos como un arlequin. Luego vá uno haciendo conocimientos poco á poco, y á los diez y siete años dejaba yo un camino limpio como la plata; también metí la calabaza por la cerraja de un tendajo, y me perfeccioné en el manejo hasta llegar á ser rey de los calabaceros. Entonces me atraparon, y como tenía la edad, me enviaron á remar por la marina. Las galeras son duras; se duerme sobre una tabla, no se bebe más que agua, no se come más que pan negro y se vá siempre arrastrando una maldita bola de hierro que para nada sirve; hay además trancazos y rayos de sol que se meten por los sesos. También nos pelan. Cumplí mi condena de quince años, y diez y siete que llevaba yo, treinta y dos. Una mañanita me pusieron en la mano el pasaporte y sesenta y seis pesetillas que había juntado en mis quince años de galeras, trabajando diez y seis horas cada día, treinta días cada mes y doce meses cada año. Pero lo mismo dá. Estaba resuelto á ser hombre de bien con mis sesenta y seis pesetas, y abrigaba mejores sentimientos bajo mis harapos que puede tener la sobrepelliz de un mochilon. Pero el diablo del pasaporte que me entregaron no era blanco como los otros, sino amarillo, y llevaba escrito: "*Presidiario cumplido.*" Era menester que lo enseñase por todos los puntos por donde pasaba y presentarlo á la autoridad, y vaya una recomendación! ¡un galeote! la gente me tenía miedo, huían los chiquillos de mí y todo el mundo me cerraba las puertas. Nadie quería darme trabajo; me comí las sesenta y seis pesetas, y después necesitaba vivir. Enseñaba los robustos brazos que tengo para trabajar y me daban con las puertas en los hocicos. Me ofrecía á reventarme trabajando todo el día por una peseta, por media, por un real y... nada. Qué hacer? Un día que tenía hambre dí un codazo á la vidriera de un panadero, le eché los cinco á un bollo y el panadero me los echó á mí; no me comí el pan y me sentenciaron á galeras perpétuas, herrándome las espaldas con tres letras de fuego; ya te las enseñaré si quieres verlas. Esta clase de justicia se llama la *recidiva*. Y

hème ya aquí caballo de vuelta. Por aquella vez me enviaron á Tolon con los gorros verdes. Era necesario escaparse. Para esto no tenía más que traspasar tres paredes y limar dos cadenas; á un clavo se reducían todas mis herramientas, pero al fin me escapé. Dispararon el cañonazo de alerta, porque nosotros somos como los cardenales de Roma, que van vestidos de rojo, y se nos hace salva cuando partimos. Pero esa pólvora que gastaban solo sirvió para espantar gorriones. Esta vez no tenía pasaporte amarillo, pero dinero tampoco. Encontré luego algunos camaradas que habían cumplido su tiempo ó habían roto sus cordones. El capitán me propuso ser de ellos y acepté, echándome por esos caminos para poder vivir. Unas veces caía una diligencia, otras una silla de posta ó algún mercader. Se le tomaban los ochavos, se dejaba ir al acaso al animal ó al carruaje, se enterraba al amo debajo de un árbol, teniendo cuidado de que no le saliesen los piés, y se danzaba después sobre la fosa para igualar la tierra. Así he vivido poco á poco, anidando en las espesuras, durmiendo á la luz de las estrellas, corriendo de bosque en bosque, pero libre al menos y dueño de mí mismo; pero todo tiene fin en este mundo. Una noche los gendarmes me cogieron por el pescuezo, mis compinches se salvaron, y yo, que era el más viejo, caí entre las uñas de esos gatos con sombrero de galon y me trajeron aquí. Había ya subido todos los escalones de la escalera, menos uno; para mí lo mismo era robar un pañuelo que asesinar á un hombre; faltaba aun aplicarme una *recidiva*, y ésta era ponerme en manos del verdugo. Mi proceso fué corto: así como así ya me encontraba viejo y ya no servía para nada. Mi padre se casó con la *viuda* (1) y yo me retiré á la abadía de *Monte-Angustias* (2). Conque se acabó la historia.

Quedé como estúpido al oírle, lo que acrecentó su risa y quiso darme la mano; yo retrocedí horrorizado.

—Sabes lo que quiero decirte? me dijo; que no tienes facha de valiente. No vayas á hacer el mandria ante la *cartina*, (3) porque todo se reduce á pasar un mal rato en la *placarda*, (4) pero ese rato es corto. Si estuviera yo allí te enseñaría á dar la voltereta. Te aseguro que

(1) La horca.

(2) La guillotina.

(3) La muerte.

(4) La plaza de la Grève.

estoy tentado á no apelar si quieren trincharme; iria contigo, y el mismo curanos serviria á los dos. Ya ves que soy un buen muchacho; dí, te parece bien?

Dió otro paso para aproximarse más á mí.

—Os doy las gracias, le contesté rechazándole.

Volvió á reirse á carcajadas y me respondió mirándome sin cesar:

—Ah, caballero! sois un marqués? ¡Es un marqués!

Yo le interrumpí:

—Buen hombre, quiero concentrar mis pensamientos; dejadme en paz.

La gravedad de mis palabras le volvió pensativo de repente. Movi6 la cabeza gris y casi calva; despues, rascándose con las uñas el velludo pecho, que se veia desnudo por las aberturas de la camisa, me dijo:

—Pues bien, sois un marqués, sea enhorabuena; llevais una hermosa casaca que de nada os ha de servir: el *buché* le echará el gancho. Dádmela; la venderé y compraré tabaco.

Me quitó la casaca y se la entregó; al recibirla se puso á dar palmadas con alegría infantil; despues, viendo que me habia quedado en mangas de camisa y que tiritaba, repuso:

—Teneis frío? pues tomad esto, que llueve mucho y os mojariais; además, debéis ir decente en la carreta.

Hablando así se quitó su gruesa chaqueta de lana gris, por cuyas mangas metió mis brazos; yo le dejé obrar.

Entonces me apoyé en la pared y no sé explicar el efecto que me producía aquel hombre. Se divertía examinando la prenda que yo le acababa de entregar, prorumpiendo á cada instante en gritos y expresiones de alegría.

—Las faltriqueras están nuevas! ¡El cuello no está grasiento! Lo menos me darán quince pesetas por ella. ¡Qué fortuna! Tengo ya tabaco para las seis semanas que me quedan de vida!...

Volvió á abrirse la puerta del cuarto y entraron á buscarnos á los dos: á mí para llevarme al sitio donde los sentenciados á muerte esperan la hora de la ejecucion y á él para conducirlo á Bicetre. Cuando vió á los gendarmes se colocó él mismo en medio del piquete que debia acompañarle, y les dijo riéndose:

—No vayais á equivocarnos, señores; hemos cambiado de pelo el señor y yo, pero no me confundais con él; diablo! No me gustaria ya que me privasen tan

pronto del resuello, ahora que ya tengo para comprar tabaco.

## XXIV.

**E**l viejo malvado me quitó la casaca, que yo no se la dí, y en cambio me deja este harapo infame, esta chaquetilla. Qué pareceré yo con ella? No le permití que tomara la casaca por caridad ó por negligencia, sino porque era más fuerte que yo; si se la hubiese negado, me la hubiera quitado á la fuerza.

No podia tener caridad estando como estaba dominado por malos sentimientos, y hubiera querido poder estrangular entre mis manos á ese viejo ladron y patearle.

Siento que está lleno mi corazón de rabia y de amargura. Creo que en mí se ha reventado la bolsa de la hiel. La muerte me vuelve perverso.

## XXV.

**M**e han encerrado en una celdilla que no contiene más que las cuatro paredes, con muchas barras de hierro en la ventana y muchos cerrojos en la puerta.

Pedí mesa, silla y todo lo necesario para escribir y me lo trajeron al momento.

Despues dije que me trajesen una cama; el carcelero quedó sorprendido al oír esta petición, y me miró como queriendo preguntarme: para qué?

Sin embargo, me pusieron un catre en un rincón del calabozo, pero tomando la precaucion de instalar un gendarme en lo que ellos llaman mi *gabinete*. ¿Si tendrán miedo de que me suicide con el colchon?...

## XXVI.

**S**on las diez.

Pobre hija mia! ¡Dentro de seis horas ya no existiré! seré ya de aquí á seis horas una especie de inmundicia que se arrastrará sobre las mesas frias de los anfiteatros; una cabeza que se pudrirá en una parte y un tronco que disecarán en otra, y luego llenarán un ataúd de lo que quede para enviarlo á Clamart.

Hé aquí lo que harán de tu padre unos hombres que no le aborrecen, que quizás le tengan lástima y que de seguro podrian salvarle, y sin embargo, me matan. Comprendes esto, Maria? Matar-me á sangre fria, por medio de una cere-

monia y por el bien de la causa pública.

Pobrecita mia! tu padre, que tanto te amaba, tu padre que besaba tu cuello blanco y perfumado, que se deleitaba pasando la mano por tus sedosos y rizados cabellos, que acariciaba tu lindo y redondo semblante, que te hacia saltar sobre sus rodillas, y por las noches cruzaba tus manecitas y te enseñaba á rezar; tu padre vá á morir. ¿Quién te hará todo esto en lo sucesivo? ¿Quién te amará como yo?... Todas las niñas de tu edad tendrán padre, menos tú. ¿Cómo has de perder la costumbre, hija mia, de que te festejen el día de tu santo, de que te den aguinaldos, juguetes, dulces, frutas y besos?

Si los jurados hubieran visto á mi pequeña y hermosa Maria, quizás hubieran comprendido que no debían matar al padre de una niña de tres años.

Cuando llegue á mayor, si llega á serlo, qué será de ella? Vivirá su padre en la memoria del pueblo de París, y ella se avergonzará de mí y de mi nombre, y será despreciada, rechazada y envilecida por mi causa, por mí, que la quiero con toda la ternura de mi corazón... Oh, idolatrada hija mia! ¿Será cierto que podré llegar á causarte vergüenza y horror?

¿Qué crimen he cometido y qué crimen hago cometer á la sociedad!

Voy, en efecto, á morir antes que termine el día; soy yo el que van á matar. Ese ruido sordo de voces que se oye en la calle, ese concurso de alegre populacho que se apiña en el camino, esos gendarmes que se preparan ya en los cuarteles, el sacerdote con sus ropas negras y aquel hombre con las manos rojas, todos se disponen contra mí, todos ellos me están diciendo que voy á morir, yo, este sér que está aquí, que vive, se mueve y respira, que está sentado junto á esta mesa, parecida en todo á otra cualquiera y que pudiera estar en otra parte; yo mismo, en fin, que siento y que me toco.

## XXVII.

**S**i á lo menos supiera cómo se ejecuta aquel acto y cómo se muere allí encima! Es horrible no saberlo.

El nombre de la máquina es espantoso, y no comprendo yo mismo cómo he podido escribirlo y pronunciarlo hasta ahora.

La combinacion de las letras, su aspecto, su fisonomía están bien combina-

dos para despertar una idea espantosa, y el desventurado médico que inventó la máquina tenia un nombre predestinado.

La imágen que asoció á esa palabra repugnante es vaga, indeterminada y siniestra. Cada sílaba es para mí como una pieza de la máquina. Construyo y derribo sin cesar en mi espíritu su monstruoso maderámen.

No me atrevo á preguntar sobre esto, pero es terrible no saberlo. Parece que hay allí una báscula y que nos acuestan boca abajo... ¡Ah, encanecen mis cabellos antes de que mi cabeza caiga!

## XXVIII.

**E**sto no obstante, me acuerdo de haber entrevisto una vez esa máquina. Pasaba yo en carruaje un día á las once de la mañana por la plaza de la Grève, y de repente se paró el coche, no pudiendo pasar adelante por el gentío que obstruía la plaza. Me asomé á la portezuela y ví que la ocupaba la multitud, extendiéndose hasta las avenidas. Por encima de las cabezas de la muchedumbre sobresalía una especie de tablado de madera roja, que levantaban tres hombres.

Debia un sentenciado á muerte ser ejecutado aquel día, y para eso arreglaban la máquina.

Volví la cabeza á la otra parte para no verla, y oí al lado del coche una mujer que le decia á un niño: "Mira, la cuchilla no cae bien, y van á dar sebo á la ranura con un cabo de vela... Ahora estarán probablemente haciendo lo mismo; las once acaban de dar: sin duda engrasarán ahora la ranura."

Desgraciado de mí! Esta vez ya no volveré la cabeza por no ver la máquina.

## XXIX.

**Q**uizás logre el perdón, quizás me perdonarán todavía. ¡Que vayan á buscar á mi abogado! Me conformo con la prision perpétua. Cinco años de presidio y que todo se arregle, ó veinte años, ó toda la vida, y con las espaldas marcadas con el hierro candente; pero no quiero morir.

Un forzado al fin anda, va y viene y puede ver el sol.

## XXX.

**A**caba de volver el sacerdote. Tiene blanca la cabeza, aire be-

nigno y respetable presencia; es, en efecto, hombre excelente y caritativo. Esta mañana recuerdo haberle visto vaciar la bolsa en las manos de los presos. ¿Por qué su voz no conmueve ni llega al alma? ¿Por qué no me ha dicho nada que hable ni á mi inteligencia ni á mi corazón?

Esta mañana estaba yo distraído y apenas oí lo que me decía, pero me parecieron inútiles sus palabras y permaneci indiferente; sin embargo, ahora que vuelve, su vista me consuela. Entre todos estos hombres es el único que es todavía hombre para mí, me dije á mí mismo, y tuve sed ardiente de palabras buenas y consoladoras.

Nos sentamos, él en la silla, yo sobre la cama, y me dijo:

—Hijo mio...

Esta palabra me abrió el corazón.

—Hijo mio, creéis en Dios?

—Sí, padre, le respondí.

—¿Creéis en la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana?

—Por qué no he de creer?...

—Parece, hijo mio, que dudeis.

Entonces me asestó un discurso; habló mucho, dijo muchas palabras, y cuando creyó haber acabado, se levantó, mirándome por la primera vez desde el principio de su discurso y preguntándome:

—Vaya, qué dices, hijo mio?

Aseguro que le escuché con avidez al principio, despues con atencion y últimamente por deber.

Me levanté tambien.

—Padre mio, le respondí, os ruego que me dejéis solo unos momentos.

—Cuándo he de volver? me preguntó.

—Os lo avisaré.

Entonces salió silenciosamente, pero meneando la cabeza y como diciéndose á sí mismo:—Este es un impío.

Eso no: por hondo que sea el precipicio donde caí, no soy un impío, y Dios sabe que creo en Él con toda la sinceridad de mi alma; pero ¿qué me ha dicho este anciano? Nada verdaderamente sentido y tierno, nada bañado con lágrimas ni que viniese de su corazón al mio; al contrario, me dijo palabras vagas, inacentuadas, aplicables á todo y para todos; fué enfático cuando debía haber sido profundo; difuso en vez de ser sencillo; me hizo una especie de sermón sentimental y de elegía teológica, sembrado de citas latinas, en latin de San Agustin y de San Gregorio, etc. Además, parecia que recitaba una lección ya veinte ve-

ces recitada, y que repasaba un tema borrado de la memoria á fuerza de saberlo bien; pero no acompañaba al discurso ni la mirada, ni la voz, ni el semblante, ni la acción.

No podia ser de otro modo: este sacerdote es el capellan titular de la cárcel; su obligación es consolar y exhortar; vive de eso. Los forzados y los reos de muerte constituyen el resorte de su elocuencia; los confiesa y asiste en cumplimiento de su deber, y ha envejecido acompañando hombres á la muerte. Hace mucho tiempo que está habituado á lo que hace temblar á los demás; sus cabellos blancos no se erizan ya por ningun motivo, y el presidio y el cadalso son para él desgracias cotidianas. Es ya insensible. Quizás tiene en un cuaderno páginas destinadas á los galeotes y páginas destinadas á los reos de muerte. Le avisan la víspera que al dia siguiente tendrá que consolar á un hombre á hora marcada; él pregunta si es galeote ó vá al patíbulo; lee la página correspondiente y viene luego. De este modo sucede que los que van á Tolon y los que van á la Grève son un lugar comun para él, y él es un lugar comun para ellos.

Que vayan á buscarme en vez de este sacerdote á algun vicario jóven ó á algun cura anciano, á la casualidad, en la primera parroquia que les ocurra; que le saquen del lado del fuego donde estará leyendo y no esperando salir y que le digan: Hay un hombre que vá á morir y es necesario que seáis vos el que le consuele. Es preciso que esteis delante cuando le aten las manos, cuando le corten el pelo; que subais en la carreta con el Crucifijo en la mano, para ocultarle el verdugo; que con él sufráis el traqueteo del carruaje hasta la plaza de la Grève; que atraveséis con él por entre la horrible multitud, sedienta de sangre; que le abraceis al pié del cadalso y que permanezcais á su lado hasta que le hayan separado la cabeza del cuerpo.

Que me traigan al eclesiástico que pido y me arrojaré en sus brazos, me abrazaré á sus rodillas y lloraremos juntos: tendrá elocuencia que me consuele, y mi corazón se desahogará en el suyo, y él recibirá mi alma y yo recibiré á su Dios.

Pero ese buen anciano, ¿qué es para mí? ¿qué soy para él? Un individuo de la especie desgraciada, una sombra parecida á las muchas que él ha visto, una

unidad que añadir al número de las ejecuciones.

Quizás me equivoque al rechazarle, quizás él es el bueno y yo soy el malo. Si esto es así, no es culpa mia, es culpa del aliento del sentenciado á muerte, que lo infesta y lo marchita todo.

Acaban de traerme el alimento, creyendo que debería sentir necesidad. Una mesa delicada, de varios platos, entre ellos un pollo. Pues bien; quise hacer un esfuerzo por ver si podia tomar algo, pero no pude masticar ni un solo bocado; ¡tan amargas y fétidas me parecieron aquellas viandas!

## XXXI.

Acaba de entrar aquí un hombre con el sombrero puesto, que apenas me ha mirado, y sacando una medida se puso á medir de bajo á arriba las piedras de las paredes, hablando en voz alta y diciendo unas veces: *esto es*, y otras: *no es esto*.

Le pregunté al gendarme quién era ese hombre, y me dijo que era una especie de oficial de arquitecto empleado en la cárcel.

Tambien él tuvo curiosidad de saber quién era yo, y despues de haber cambiado algunas palabras con el llavero que le acompañaba, fijó unos momentos la vista en mí, sacudió la cabeza con aire indiferente y volvió á tomar sus medidas y á hablar en alta voz.

Concluida su tarea se aproximó á mí, diciéndome con sonoro acento:

—Amigo mio, dentro de seis meses esta prision será mucho mejor. Y parecia que me añadia su gesto:—Es lástima que me entonces no la podais disfrutar.

Casi me hablaba sonriéndose, y yo aguardaba el instante en que llegara á chancearse conmigo, como nos chanceamos la noche de bodas con la jóven recién casada.

El gendarme, soldado veterano, de grandes bigotes, se encargó de la respuesta.

—Caballero, le dijo, no debe hablarse tan ríco en el cuarto de un difunto.

El arquitecto se marchó y yo permaneci allí como una de las piedras que él habia medido.

## XXXII.

Luego me sucedió una cosa ridícula.

Vinieron á relevar á mi buen gendarme, al que yo, ingrato, egoista, ni si-

quiera estreché la mano. Le reemplazó otro, hombre de frente corta, de ojos de toro, de rostro estúpido.

No me fijé en nada más, y me senté de espaldas á la puerta, delante de la mesa, esforzándome en refrescar la frente con la palma de la mano, porque el pensamiento atormentaba mi espíritu.

Una ligera palmada que me dieron en el hombro me hizo volver la cabeza, y ví junto á mí al nuevo gendarme, con el que me habia quedado solo.

Hé aquí, poco más ó menos, de qué modo me dirigió la palabra:

—Criminal, teneis buen corazón?

—No, le contesté.

Lo brusco de mi contestacion pareció desconcertarle; sin embargo repuso, vacilando al hablar:

—Nadie es malo por el placer de serlo.

—Por qué no? le repliqué. Si no teneis otra cosa que decirme, dejadme en paz. Qué consecuencia quereis sacar de eso?

—Perdonadme, quiero solo decir dos palabras. Si pudiérais hacer la felicidad de un pobre hombre, y esto nada os costase, la hariais?

Me encogí de hombros al oír esa pregunta.

—Venís acaso de Charenton? ¿Puedo yo proporcionar la felicidad á nadie?

El gendarme bajó la voz y prosiguió con aire misterioso, que sentaba muy mal á su semblante de idiota:

—Sí, criminal, sí; felicidad, fortuna, todo eso podeis conceder. Ved cómo. Yo soy un pobre gendarme. El servicio es pesado y la paga corta; el caballo es mio y me come vivo. Habei de saber que juego á la lotería, á ver si puedo encontrar compensacion; es menester dedicarse á alguna industria. Hasta ahora solo me ha faltado, para haber hecho mi suerte, buenos números. Siempre busco los más seguros, pero nunca los acierto. Juego el 76 y sale el 77, y si los conservo, nunca salen premiados. Tened paciencia, que ya termino. Pues ahora se me presenta una buena ocasion. Segun dicen, y os pido mil perdones, mi criminal, estais destinado para hoy. Se asegura que los muertos que perecen así ven la lotería de antemano. Prometedme volver mañana por la noche (¿eso qué os importa?) á darme tres números buenos. Qué decis? Yo no tengo miedo á los aparecidos; por esa parte estad tranquilo. Aquí teneis mi direccion: cuartel de Popincourt, escalera A, núm. 26, en el fondo del corredor. Me reconocereis, ¿no

es verdad? Volved sino esta noche, si esto os es más cómodo.

Hubiera desdeñado responder á este imbécil si una loca esperanza no hubiera cruzado por mi mente. En la situación desesperada en que me encontraba, hay momentos en que se cree poder romper una cadena con un cabello.

—Escucha, le contesté, haciendo el cómico cuanto mi terrible situación me lo permitía; puedo hacerte más rico que el rey, proporcionarte que ganes millones, pero con una condición.

—Con qué condición? Haré todo lo que pueda por complaceros, mi querido criminal, me contestó, abriendo sus ojos estúpidos.

—En vez de tres números te prometo cuatro, si cambias de traje conmigo.

—Si no es más que eso! dijo desabrochándose los primeros corchetes del uniforme.

Yo ya me había puesto en pié y observaba todos sus movimientos con el corazón palpitante. Ya veía yo abrirse todas las puertas ante el uniforme de gendarme, y ya veía la plaza, la calle y el palacio de Justicia detrás de mí.

Pero al fin, con aire indeciso, me preguntó:

—Os lo dejaré, pero no para salir de aquí.

Comprendí que todo estaba perdido ya; sin embargo, tenté el último esfuerzo, contando con la insensatez del gendarme.

—Sí, para salir es; pero de ese modo dá por hecha tu fortuna.

—No, no, me interrumpió, diciéndome: Para que sean buenos los números es preciso que os guillotinen.

Caí en la silla, más mudo y más desesperanzado, cuanto mayor había sido la esperanza que acababa de perder.

## XXXIII.

Cerré los ojos y me puse las manos delante de ellos para esforzarme en olvidar el presente, recordando el pasado. Soñando así vuelven á mi mente los recuerdos de mi infancia y de mi juventud, uno á uno, dulces, serenos, sonrientes, como islas floridas en medio del golfo de pensamientos tenebrosos y confusos que se arremolinan en mi cerebro.

Vuelvo á verme niño, estudiante, risueño y alegre, jugando, corriendo, gritando con mis hermanos en la avenida verde del salvaje jardín donde fluyeron mis primeros años, antigua cárcel de religio-

sas, que domina con su cabeza de plomo la sombría cúpula del Valle de Gracia. Cuatro años más tarde me veo aun, niño todavía, pero ya pensativo y apasionado. Había entonces en el jardín una joven española, de ojos rasgados y de rica cabellera; tenía el cutis moreno y dorado, los labios rojos y las mejillas rosadas; se llamaba Pepa, y era una andaluza de catorce años. Nuestras madres nos habían dicho que fuésemos á correr juntos, y fuimos al jardín á pasearnos; nos dijeron que jugásemos, y nosotros hablábamos como muchachos de la misma edad, pero de diferente sexo.

Sin embargo, solo hacia un año que aun corriamos y luchábamos los dos. Yo disputaba á Pepita la mejor fruta del manzano, y la maltraté un día por un nido de pájaros. Ella lloraba, pero yo la decía: "Está bien hecho," é íbamos los dos juntos á quejarnos á nuestras madres, que nos reñían en voz alta y nos daban la razón en voz baja.

Más tarde ella se apoyaba de mi brazo y yo estaba orgulloso y conmovido de esto. Marchábamos con lentitud y nos hablábamos en voz baja. Dejó caer el pañuelo y yo lo recogí. Nuestras manos temblaban al ponerse en contacto. Ella me hablaba de los pajarillos, de la estrella que se vé en el horizonte después de ponerse el sol rojo detrás de los árboles, ó de sus amigas de colegio, de sus vestidos y de sus cintas. Nos decíamos cosas inocentes y nos ruborizábamos los dos; por fin la niña se convirtió en mujer.

Una tarde de verano estábamos debajo de unos castaños en el fondo del jardín. Después de uno de aquellos intervalos de silencio que guardábamos en nuestros paseos, soltó Pepita de repente mi brazo y exclamó: Corramos!

Me parece que la veo todavía! Iba vestida de luto por la muerte de su abuela. Sin duda cruzó por su mente una idea infantil, y Pepa volvió á ser Pepita al decirme: Corramos!

Y echó á correr con su talle frágil y delgado y con los pequeños piés que le levantaban la ropa hasta media pierna. Yo la perseguía y ella huía, y el viento de la carrera levantaba su pelegrina negra y dejaba ver su espalda morena y fresca.

Estaba yo fuera de mí; al fin la alcancé cerca de una cisterna vieja, ya arruinada; la cogí por la cintura, por el derecho que me daba la victoria, y la hice sentar en un banco de césped, sin encontrar resistencia por su parte. Estaba ja-

deante y serena; yo estaba serio, y miraba con adoración las niñas negras de sus ojos á través de sus pestañas.

—Siéntate aquí á mi lado, aun hay bastante luz para leer. ¿Traes algún libro?

Llevaba encima el tomo segundo de los *Viajes* de Spallanzani; lo abrí al acaso, me aproximé á ella, apoyó su espalda contra mi espalda y nos pusimos á leer la misma página cada uno por nuestro lado y en voz baja. Ella me tenía que esperar siempre antes de volver la hoja; su espíritu era más vivo que el mio.

—No has acabado aun? me preguntaba cuando yo estaba aun en el principio.

Entre tanto se tocaban nuestras cabezas, se mezclaban nuestros cabellos, nuestros alientos se aproximaban poco á poco, y de repente también nuestras bocas. Cuando quisimos continuar la lectura, el cielo ya estaba estrellado.

—¡Si viérais, mamá, dijo Pepita al entrar en casa, cuánto hemos corrido! Yo permanecía silencioso.

—Tú no dices nada? repuso mi madre; parece que estás triste!

Tenia yo el Paraíso en el corazón!... De esta tarde me acordaré toda la vida... Toda la vida!

## XXXIV.

Acaba de sonar una hora, pero no sé cuál, porque no oigo bien la campana del reloj; me parece que tengo el ruido de un órgano en los oídos; sin duda lo producen mis últimos pensamientos, que zumban en mi cerebro.

En este momento supremo, en el que recojo dentro de mí los recuerdos, veo mi crimen con horror y quisiera arrepentirme de él más todavía. Sentía más remordimientos antes de oír leer la sentencia fatal: desde entonces me parece que no tengo capacidad en mi cabeza para otros pensamientos que los de muerte. Quisiera, sin embargo, que fuese más profundo mi arrepentimiento.

Cuando me detengo un instante pensando en mi vida pasada y vuelvo de nuevo á contemplar el patíbulo, que ahora vá á terminarla, me extremezco como si esa noticia me cogiese de improviso. Mi bella infancia y mi hermosa juventud fueron dorado tejido de seda, cuya extremidad será sangrienta. Entre entonces y ahora se interpone un río de sangre; la sangre del otro, que yo deramé, y la mia propia.

Si se publicara un día mi historia de inocencia y de felicidad, no se creería de ella en el último año execrable, que empieza por un crimen y acaba por un cadalso, porque esta parte de mi vida no tendría analogía con la primera.

Sin embargo, yo no era naturalmente malo... hombres y leyes miserables!

Voy á morir dentro de algunas horas y hace un año, tal día como hoy, era libre, no era culpable, y paseaba en otoño vagando por entre los árboles y hollando el suelo que cubrían las hojas caídas...

## XXXV.

En este mismo instante existen cerca de mí, en las casas que circunvalan el palacio de Justicia y la plaza de la Grève, y por todo Paris, hombres que van y vienen, que charlan y rien, que leen los periódicos y piensan en sus negocios, comerciantes que venden, mujeres jóvenes que preparan los vestidos para el baile de esta noche y madres dichosas que juegan con sus hijos!

## XXXVI.

Recuerdo que un día, siendo niño, fuí á ver la campana de Nuestra Señora. Estaba ya aturdido de haber subido la oscura escalera de caracol, de haber recorrido la frágil galería que une á las dos torres, de haber tenido á Paris á mis piés, cuando entré en la jaula de piedra y de maderos donde pende la campana con su badajo, que pesa mil libras.

Iba temblando por encima de las tablas mal unidas, con los ojos fijos en aquella campana tan famosa entre los muchachos y el pueblo de Paris, y notando, no sin sobresalto, que estaban al nivel de mis piés las vertientes cubiertas de pizarra, que en planos inclinados rodean al campanario. A intervalos veía como á vuelo de pájaro la fachada de la plaza de Nuestra Señora y á los transeuntes como si fuesen hormigas.

De repente sonó la enorme campana y una vibración profunda agitó el aire é hizo oscilar la pesada torre. En el techo se movían las vigas; casi me arrojó al suelo el ruido: vacilé próximo á caer y á punto de resbalar por las vertientes. Con terror me acosté sobre las tablas, apretándolas estrechamente con los dos brazos, y quedé sin palabra y sin aliento, con aquel formidable retintín en los oídos y teniendo bajo la vista el precipicio, esto es, la plaza honda, por la que